

cinco o seis cartas a las mujeres, cuanto antes, para completar un tomo». En otra ocasión la elogia: «Y lo más importante, para tu satisfacción, es que estás en pleno dominio del oficio, del público, y que esta obra (se refiere a la Mujer), no obstante lo leve del tema y la frivolidad del procedimiento, es jugosa y sabrosa de diálogo como pocas y variadísimas de matices. Enhorabuena y muchos abrazos».

En 1926 Gregorio hace una gira por Europa con el *Teatro de Arte*. En carta interesantísima escrita desde el extranjero, documento valiosísimo para aclarar la complejidad de Gregorio, hombre de dos mujeres, éste dice a María: «No sirvo para nada sin ti, ni quiero. Estoy desamparado cuando estoy solo... A veces te hablo como si te tuviera delante, sobre todo después de leer tus cartas. Te necesito infinitamente, más que nunca. Sin duda a consecuencia de habernos descasado. *Je suis ton filleul, ton petit fils, ton vieil amil, ton collaborateur, ta calamité, tout ensemble...*». María, mujer de grandes afectos, que no es un corazón solitario, no le abandona y contesta siempre a la exigencia de sus pretensiones. Gregorio busca colaboraciones en periódicos de América, en México, en Argentina, en Cuba, en Chile; le pide más de veinte artículos que se pagarán a 500 pesetas, cantidad enorme en aquel tiempo, y algunos en alejandrinos pareados, para que los lectores se los aprendan (!!).

En 1926 se funda el Lyceum Club femenino y María es nombrada directora de la biblioteca. Por esta época María dice: «Mi vida se ha quedado inmóvil, como un árbol plantado en una pradera solitaria». En abril de 1930, antes de partir Gregorio para Buenos Aires, firma un documento a favor de María: «Declaro para todos los efectos legales que todas mis obras están escritas en colaboración con mi mujer, doña María de la O. Lejárraga García. Y para que conste, firmo ésta en Madrid a catorce de abril de mil novecientos treinta. Gregorio Martínez Sierra. Testigos: Eusebio Gorbea, Enrique Ucelay». Eusebio Gorbea era el marido de Elena Fortún, la autora de *Celia*. Mediante este documento privado María podía gestionar los derechos de las obras.

María se acostumbra a su soledad y se entrega a la política. Cuando llega la República en 1931 María dice que es: «la alegría más grande de mi vida». María va a luchar por la plena participación de la mujer en los asuntos públicos. Pronuncia cinco conferencias en el Ateneo

de Madrid, que publica y firma con el título *La mujer española ante la República* y que va a dedicar «A Gregorio Martínez Sierra, con lealtad y cariño dedico este trabajo que distancia y premura me obligaron a realizar sola, pero no fuera de nuestra entrañable comunidad espiritual». Él, entretanto, está en Hollywood con la Fox haciendo contratos de varios miles de dólares.

Los capítulos dedicados a la *Asociación Femenina de Educación Cívica*, a las *Elecciones Legislativas de 1933*, a *Diputada por Granada*, a *La revolución en Asturias* y a *Julio de 1936* presentan a una María entregada a una causa política que la lleva a ser diputada socialista por Granada con Fernando de los Ríos. Lucha María por la reforma del Código, como Margarita Nelken, Clara Campoamor y Victoria Kent. Pronuncia conferencias y asiste a asambleas y reuniones. En el Congreso es designada Vicepresidenta de la Comisión de Instrucción Pública. Sus intervenciones en el Congreso las recuerda José Prat, prologuista de esta biografía. En 1935 María visita prisiones.

Al declararse la guerra en 1936 el Partido Socialista la designa para ocuparse de las indemnizaciones que se concedían a los heridos de guerra. Es nombrada agregada comercial en Berna, como representante en Suiza e Italia. Gregorio y Catalina Bárcena salen de Madrid en septiembre de 1936. María salió para Berna en noviembre.

La segunda guerra mundial (1940-1944) obliga a María a refugiarse en Cagnes-Sur-Mer, casa que será ocupada por las fuerzas contendientes. Enferma y pobre, será socorrida por sus amigos. Gregorio en Buenos Aires, procesado bajo la ley franquista, con retención de fondos, se queja de las circunstancias poco favorables. Durante estos años no han sabido nada el uno del otro. En 1947 regresa Gregorio a Madrid, muy enfermo y decaído, y muere el 1 de octubre. María se entera por Radio Londres. Entonces se dedica a preparar para la Editorial Aguilar las *Obras Completas* de Gregorio, con prólogo de ella, pero a la colaboración de María se oponen Catalina y su hija.

De nuevo rehecha, María embarca en 1950 para Nueva York y viaja a California y México, y se asienta hasta el final de su vida en Buenos Aires. Allí escribe artículos, una comedia para niños *Merlín*, *Viviana o la gata egoísta* y *el perro atontado* y los *Viajes de una gota de agua*, que va a publicar Hachette. En 1974, cuando sólo

faltan unos meses para que cumpla cien años, María fallece. «Solidaridad, generosidad, lealtad, ética; es lo que nos lega la memoria personal de María Lejárraga de Martínez Sierra», dice Antonina Rodrigo al acabar esta hermosa biografía, y con estas mismas palabras queremos acabar nosotros la reseña de este libro.

Carmen Bravo-Villasante

La libertad creadora*

El año 1993 ha obsequiado al escritor Vargas Llosa con una recién estrenada ciudadanía europea y el premio Planeta a su última novela *Lituma en los Andes*, libro que nos confirma la idea de que la literatura es, no sólo la gran pasión del autor de *La casa verde*, sino una pasión necesaria. Ocupado en una activa campaña política durante los años 1987 a 1990, el escritor peruano, después de cinco años de silencio narrativo, reapare-

ce con una novela que tratará dos de los temas que más han preocupado al autor de *Contra viento y marea* en los últimos años, el feroz terrorismo de Sendero Luminoso y los asesinatos que se realizan a la luz de creencias ancestrales; aspectos, no hay que olvidarlo, a los que el autor de *Historia de Mayta* ha dedicado muchas páginas, de las que destacamos el reportaje titulado *Historia de una matanza*.

Lituma en los Andes cuenta cómo, a raíz de las misteriosas e inexplicables muertes de tres habitantes de la localidad andina de Naccos, el cabo Lituma, ayudado por su adjunto Tomás Carreño, se ve obligado a realizar una investigación con el fin de aclarar los hechos. Obsesionado por encontrar la verdad, Lituma no se conforma con creer lo que en un principio todos los lugareños y su propio ayudante sostenían: que los asesinatos habían sido obra de la guerrilla capitaneada por Sendero Luminoso. Pero la investigación le conducirá a otra verdad más trágica y brutal, que el cabo debe aceptar, a pesar de que a él, costeño, le cueste trabajo creerla. Esas tres muertes han sido asesinatos rituales dedicados a los espíritus que habitan en las montañas. Espíritus variados y diversos que pueblan los Andes y que reciben distintos nombres, como los «mukis» que «matan sólo a los mineros» y que cuando «vienen a hacer sus fechorías en la tierra se corporizan a veces en un forastero agringado que cojea». Son espíritus que atacan a los hombres «sacándoles sus adentros sin que lo noten ni les duela», hasta que terminan por matarlos. Los campesinos creen que pueden aplacarlos y que es fundamental hacerlo con el fin de evitar desgracias. Para ello hay que realizar muertes rituales con el fin de que, como se cuenta en la novela, los espíritus les libren de los ataques de Sendero Luminoso o del desastre económico. A esta línea argumental, la más importante y base de toda la novela, se superponen otras dos: el relato que de sus amores hace Tomás Carreño, por las noches, a Lituma y las crueles acciones de los terroristas. Estructuralmente, por tanto, el libro se divide en dos partes y un epílogo en el que confluyen todas las historias, con la consiguiente aclaración de los hechos.

Un Perú contemporáneo y pobre, zarandeado por la violencia de Sendero Luminoso, pero, también, por la violencia que generan las creencias ancestrales. Violencia, por tanto, social y política, pero, sobre todo, mítico-

* Mario Vargas Llosa: *Lituma en los Andes*. Editorial Planeta. 1993. 212 páginas.

religiosa. Aspecto este último al que Vargas Llosa concede especial importancia en esta novela. Él mismo así lo ha afirmado: «son los fondos de irracionalidad y violencia, aparentemente invulnerables a la cultura y el progreso, los que de pronto rompen la capa de la civilización y estallan en países que se suponían a años luz de los países primitivos en los que la violencia está a flor de piel».

Lituma en los Andes es la radiografía de un mundo brutal, de intensas y desaforadas pasiones que hacen sentir la vida como una amenaza que, momentáneamente, es olvidada por Lituma y su ayudante, cuando éste le cuenta sus amoríos con la única mujer de la que se ha enamorado. Tomás Carreño es un desbordado sentimental que cada vez que recuerda a su novia, la revive tan intensamente que, a veces, Lituma cree que está presente. Es esta historia de amor, relatada con tierna afectividad, el único bálsamo que amortigua la angustia, la melancolía y la pena de estos dos personajes que viven en una tremenda soledad: el cabo añorando su Piura natal y el adjunto a su novia de unos días. Es a la vez esta historia de amor la exclusiva nota de ternura en un universo sin salidas, manejado por fuerzas irracionales, representadas en la extraña y desagradable pareja de Dionisio y Adriana, antítesis de Lituma y Tomás Carreño. Dionisio y Adriana, personajes con un pasado misterioso, encarnan el mito, lo primitivo, lo irracional, lo bárbaro, el mal, el mundo de la brujería y de las fuerzas ocultas. De ellos se dicen muchas cosas, pero nadie sabe realmente algo sobre ellos, salvo que Dionisio es amigo del diablo y tiene poder para convocarle, que Adriana sabe leer las líneas de la mano y echar maldiciones que se cumplen, que juntos hacen aquelarres y conjuros y que ellos han sido los oficiantes de los sacrificios humanos. La carga simbólica de sus nombres no desentona con sus prácticas y comportamiento que remiten constantemente a un mundo de superstición y hechicería. Afirma Vargas Llosa que cuando Adriana exclama en la novela: «en toda la sierra y acaso en el mundo entero se sufre y ya nadie se acuerda de gozar», esta frase expresa, según palabras del propio autor, «el gran dilema de la civilización basada en la razón, que ha traído un progreso extraordinario y ha supuesto un paso decisivo en la humanización de la vida. Pero junto a esto, hay una fuente de goce y del placer que esa cultura racional ha secado y ha debilitado. Desde entonces hay una nostalgia por

ese mundo puramente emotivo y pasional. Nietzsche lo definió en *El nacimiento de la tragedia* cuando hizo la división entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Lo apolíneo es lo civilizado, pero también representa la autorrepresión, una cierta automutilación en lo que la vida tiene de más salvaje y explosivo».

Lituma como piurano, como costeño, no puede creer en todo lo que representan Dionisio y Adriana, de ahí que sienta la inmensidad de los Andes como algo extraño e indescifrable. Lituma en las montañas no termina de encontrarse bien, relajado; pesan negativamente sobre él lo esotérico, lo mágico y las supersticiones en las que creen a pies juntillas los serranos. Lituma sueña con Piura y siempre que la evoca aparece como un paraíso al que ansía y necesita volver. No hay que olvidar que Vargas Llosa ha afirmado que en Piura «están los recuerdos más importantes de mi vida. Piura es para mí una referencia inagotable de imágenes y recuerdos desde el punto de vista literario. Siempre me está suscitando personajes y situaciones para fantasear. Por eso he volcado mi propia experiencia en el cabo Lituma que recuerda a Piura como un paraíso que perdió». Este paraíso representa a su vez otra cultura, otra idiosincrasia, otra psicología, otras creencias distintas a las de los Andes.

Otro aspecto que a Vargas Llosa le interesaba destacar era la guerrilla. También en este sentido el autor de *La tía Julia y el escribidor* describe un mundo de barbarie y crueldad. Todo es extremo y extremado, pero real. Los campesinos, la policía, todos tienen pánico de la guerrilla, pero nadie se enfrenta a ella, nadie comenta sus actos bárbaros. Sendero Luminoso inspira un miedo cervical y los serruchos hacen oídos sordos a las amenazas, asesinatos, secuestros y pillaje de los terroristas. Vargas Llosa describe en profundidad las relaciones que los campesinos establecen con los secuaces de Sendero Luminoso y cómo, por miedo, colaboran con ellos, denunciando a familiares, amigos y conocidos. En el tratamiento de este tema, Vargas Llosa conecta con el Perú contemporáneo azotado por la inestabilidad política, pero, sobre todo, insiste en la descripción de ese mundo mítico que forma parte del drama colectivo de Naccos, cuyos habitantes viven, constantemente, amenazados por los guerrilleros maoístas de Sendero Luminoso, y formando parte, también, de la historia íntima de Lituma